

Ciencia y Amor

Discurso leído por el doctor Gonzalo Aróstegui, el domingo 26 de junio, al conmemorar los cuarenta y cinco años de asistencia a la Casa de Beneficencia y Maternidad y los cuarenta con la Medicina, en el solemne homenaje que le fué ofrecido por la Junta de Patronos.

EN LA JUVENTUD, LAS ESPERANZAS; EN EL OCASO LOS RECUERDOS.—Charles Richet.

EL día 29 de Diciembre del año 1931 hizo cincuenta años, medio siglo, que un joven cubano, llena el alma de ensueños, ilusiones y esperanzas, que el tiempo ha marchitado, salía del Colegio de San Carlos de Madrid, con el título ansiado de Licenciado en Medicina, la más difícil y azarosa de todas las profesiones, dispuesto a ejercerla con ánimo recto y sereno, con la prudencia y abnegación requeridas, con la vista fija siempre en la mejoría y en la salud del enfermo, y en la mente las enseñanzas y el espíritu del padre inmortal de la medicina, Hipócrates, el anciano de Cos. Quien siga fielmente su juramento y sus doctrinas jamás faltará a la deontología médica, base esencial de nuestra práctica.

Llegado a una edad en la que es muy grato recordar, permítidme que vuelva la vista atrás y refiera pequeños hechos de un pasado que siempre añoro.

En la época a que antes me he referido existían dos grados que facultaban para el ejercicio, el de Licenciado, que todavía hoy muchos ostentan como preclaro galardón, y el de Doctor, que requería un año más y la lectura y discusión con los Profesores de una tesis. Yo pasé por ambos ejercicios: del primero guardo inolvidable memoria, más arralgada que del segundo, pues mis compañeros, que se examinaban al mismo tiempo que yo, pasaban cinco o seis veces por esas horcas caudinas, vigiladas por el doctor D. Tomás Santero, una de las autoridades reconocidas en aquellos días, hombre de excepcional carácter y prestigio, acérrimo partidario de las doctrinas hipocráticas. Mis dos compañeros ignoraban la opinión del Profesor sobre esos estudios y su dedicación a esos conocimientos.

Yo, por el contrario, me ajusté lo más que pude al canon hipocrático, y la fortuna me sonrió como sonrío siempre a los que tienen fe.

Ejercí algún tiempo en Madrid, donde tuve la suerte, que consigo con orgullo, de ser médico de las familias de mis ilustres amigos el Senador D. José Ramón de Betancourt, uno de los patriarcas de mi amado Camagüey, y del General Calixto García, que ya había conquistado su fama de guerrero, muy con-

siderado en la Corte por las más altas personalidades civiles y militares, y que después había de desempeñar papel tan importante en la última guerra por la Independencia. Pasé a París, el alma mater de las ciencias médicas, como lo he llamado en otra ocasión, donde también practiqué algo particularmente y asistí al filántropo D. Basilio Martínez, a quien cito porque siendo uno de los benefactores más nobles de Cuba, es casi desconocido por esta generación. Estudié algún tiempo con los mejores clínicos y con los más autorizados maestros, y los mejores repasadores, que después han logrado ocupar los primeros puestos en aquella grande e inolvidable Facultad. Eran los días de la más importante y trascendental transformación médica y de las grandes innovaciones que todavía duran; era la época de Bouchard, con sus investigaciones sobre las enfermedades por nutrición detenida, todavía hoy un dogma; de Gran-cher, relacionado con una conocida familia cubana, fisiólogo eminente, fundador de una asociación para impedir y tratar la tuberculosis infantil; de Hardy, insuperable en la enseñanza de la práctica diaria y de la dermatología; de Fournier, inolvidable por su elocuencia y sus grandes realizaciones clínicas; de Pajot, de quien se repiten, después de setenta años, típicas frases; de Pinard, que vale tanto por su enseñanza obstétrica como por haber sido uno de los grandes propulsores de la puericultura; de Richet, tanto más combatido cuanto más alto es su renombre y más se escucha su voz en todo el mundo; de Ranvier, maestro de todos los que estudiaban medicina en el Colegio de Francia; de Carlos Robin, uno de los fundadores del estudio de la histología, divulgada su enseñanza en Cuba por el doctor Felipe Rodríguez; de Parrot, fundador de la cátedra de patología infantil y creador de esa entidad patológica que es la atrepsia; de Huchard, famoso por sus estudios excelentes sobre las neuro-

sis, así como sobre la arterio-esclerosis, creación nosológica inglesa que divulgó en Francia y que habría de transformar toda la medicina del adulto; notable clínico y cardiólogo, muchas de cuyas ideas son hoy del acervo común; de Landouzy y de Debove, jóvenes agregados que exponían con nutrido acopio de datos las nuevas teorías sobre la tuberculosis, la sobrealimentación y el contagio; de Ball, tan erudito en toda la patología, uno de los primeros maestros en las enfermedades mentales, de quien recibí muestras de especial consideración; de Trelat; de Verneuil; de Pean; de Périer; de Terrier, iniciadores de nuevos métodos quirúrgicos; de nuestro Albarrán, que empezaba a dar a conocer sus extensos y múltiples estudios, su excepcional cultura, conservando siempre en lo más íntimo de su ser su entrañable amor a esta su tierra natal. Por último, de Pasteur, el gran revolucionario de las enfermedades contagiosas y por ende evitables, y de la cirugía, auxiliado por el gran cirujano inglés Lister y en Francia por Lucas-Championnière, quien ha hecho posible desde entonces las más cruentas, difíciles, prolongadas y terribles operaciones con la antisepsia primeramente, y más tarde, con la asepsia.

Me llevaba mi preparación a la práctica de la medicina general y de la psiquiatría que había estudiado con singular predilección; también había visitado las clínicas de pediatría, en las que Bouchut, Jules Simon, Olivier, Hutinel, Cadet de Gassicourt y Pouppon, más tarde obscurecido, enseñaban los fundamentos del arte de criar y cuidar a los niños; Cadet de Gassicourt, con sus magníficas y vívidas exposiciones, con su esmeradísima observación nos hizo recordar más de una vez la maestría de Trousseau.

Estos fueron mis estudios y así me lancé a la práctica, a la lucha de cada momento con la enfermedad, que casi siempre dominamos; con la muerte irreparable que siempre nos vence; incomprendible en la niñez que nos llena de ilusión y de algaría, verdadero encanto de la existencia. "La muerte no descansa un segundo,—he dicho en una ocasión solemne— llena de terror a la conciencia humana y deja a los vivos como único consuelo el recuerdo, la memoria indeleble de los que fueron"; es la entrada a una nueva y acaso mejor vida. Mors janua vitae.

Hace cuarenta y cinco años que visito esta casa, en la que entro siempre con el mismo recogimiento, con la misma emoción, con igual espi-

ritu de amor y de caridad, pues considero el asilo y el hospital como templos en los que ejercemos un sacerdocio. Vine aquí traído de la mano por amigos que alentaban mis aspiraciones, ya casi todos desaparecidos; sombras venerandas que rodean mi vida con su augusta e inextinguible protección.

Ocupaba la dirección de este Asilo un hombre benemérito, mi inolvidable amigo D. Cornelio C. Coppinger, a quien la sociedad no ha hecho la justicia que su actuación merece; fué el impulsor de esta Casa por nuevos derroteros; hizo con la mayor economía —entonces muy en uso— grandes y espaciosos departamentos; instaló talleres, fundó una escuela de música...; por todo lo cual debe considerarse como un benefactor. A la entrada de este edificio puede contemplarse en una placa conmemorativa la gratitud de sus sucesores.

Sucedí en la diaria visita al que fué clínico eminente, filósofo, antropólogo, humanista; un médico a la antigua usanza, nutrido de lecturas clásicas y esclavo, en el ejercicio, de la observación y de la experiencia. Jamás faltó a su visita hospitalaria que hacía con su intenso amor a la niñez. En uno de los hombres que mejor han comprendido la deontología entre nosotros, como formado en la escuela que ilustraron en su época Jorrín (D. Gonzalo), D. Joaquín Zayas, la Calle, Díaz Albertini y tantos otros. Nuestro insigne Varona, que le trató muy de cerca, ha descrito su carácter en estas frases que merecen ser conocidas, como lo merece todo aquello que despierta en el espíritu público ansias de admiración por ser modelos que imitar. He aquí lo que dice Varona: "¿Quién de nosotros no lo recuerda? ¿Quién ha podido olvidar su afabilidad, que parecía ignorar los desabrimientos y asperezas del carácter ajeno; su trato sereno y regocijado, como si para él no existieran las oscilaciones del humor, los reveses de la fortuna; su modestia sin estudio ni afeites, su modesta ingenua, que se hermanaba perfectamente con la firmeza y la riqueza de sus conocimientos? Para todos igual, accesible a toda consulta, amigo de atenuar todas las dificultades, de alentar todas las actitudes. Así lo conocimos todos." Así lo recuerdo yo también.

Tenía para mí otro mérito el Dr. Antonio Mestre. Era hermano de uno de los grandes próceres cubanos, José Manuel Mestre; y a éste y a su segunda esposa debo que me hubieran entregado la asistencia de su única y encantadora hija, sin reparar en mi escasa experiencia y en que disponían del maestro consumado que a su lado tenían. En esto quizás estribo mis primeros embates en la práctica infantil y mi futura y definitiva inclinación.

Muchos años más tarde, la grave enfermedad que postró en cama al Dr. José Rafael Montalvo, hizo que ocupara yo su puesto y quedara de único facultativo del establecimiento.

De esta suerte vine a tener bajo mi custodia las enfermedades de las cuatro épocas, en las que, según Aristóteles, puede dividirse la Humanidad: observé, estudié y cuidé a los enfermos con todo el esmero que puede, y mi mayor anhelo sería poder asistirlos hasta el día mismo de mi desaparición.

Montalvo, de quien hice el elogio en la Sociedad de Estudios Clínicos, tenía un carácter completamente opuesto al de Mestre, pues era un espíritu impetuoso, vehemente, apasionado. En esa ocasión pude señalar, en la sesión presidida por el doctor Pedro Albarrán, la influencia que en el triple aspecto médico-político-social había ejercido hombre de tan singulares conocimientos, de tan varias aptitudes, de relaciones tan extensas y de vida tan nutrida. Mantuve con él estrechas relaciones de compañerismo durante quince años y compartí en las redacciones de nuestros inolvidables periódicos "El Triunfo" y "EL PAÍS", donde colaborábamos y asiduamente visitábamos, dirigidos por la benévola ilustración de Ricardo del Monte y redactados por notables juristas y escritores, entre los cuales se distinguían Montoro, Gálvez, Govín, Gastie, Pérez de Molina, Conte y algunos más.

Dirigía la Casa, como llevo dicho, Cornelio C. Coppinger y ocupaba el cargo de Superiora de las Hermanas de la Caridad, Sor Juana Aguirre, carácter de una gran entereza, formado de una sola pieza; sor María Murgiondo, su Auxiliar, era estimada por todos, por la autoridad que le daba el haber permanecido durante cincuenta años al cuidado de la maternidad, con un grande anhelo de caridad y abnegación; y sor Andrea Tellechea, espíritu equilibrado de incomparable bondad. La Junta de Señoras, presidida con gran rectitud, doña Dolores Roldán de Domínguez, ilustre benefactora que la Casa siempre echa de menos. En ambas Juntas ocupaban señalados puestos mis padres políticos: el gran jurisconsulto D. Antonio González de Mendoza y doña Mercedes Pedroso de Mendoza. A todos consagro en éste y en cada momento, recuerdo profundo de enternecida gratitud. Cada día entro en este Establecimiento que es para mí un santuario, rodeado de esas ilustres sombras, por las que siempre me siento acompañado, con la misma emoción, acrecentada hoy si es posible, y el día que recibí, al cumplir los 43 años de diaria y perseverante labor, la comunicación suscrita por los amigos, a quienes, así como a la benemérita Junta, repito, quedo altamente reconocido.

Suprimo la parte laudatoria de la comunicación y transcribo la dispositiva. Dice así:

"La Junta acordó: Primero: Consignar en acta, como se verifica, una copia íntegra de dicha moción. Segundo: Por unanimidad aprobarla y hacerla suya en todos sus extremos, y, para mejor cumplimiento de estos, nombrar a una comisión, compuesta del señor Presidente, de los Vocales doctores Hoyos y Mimó, fir-

mantes de aquélla, y del señor Director de la Casa, para que determinen los demás detalles del homenaje, señalando día y hora en que debe tener lugar el acto honorífico, ofreciéndolo el señor Presidente y el Vocal doctor Hoyos. Y, Tercero: Comunicar a la Junta Piadosa de Señoras de la Maternidad, en cuyo seno figuró durante largos años por los relevantes méritos y virtudes que la adornaron la señora Felicia González de Mendoza, de Aróstegui, el profundo pesar experimentado por esta Junta, al conocer la eterna desaparición de quien, como ella, además de sus títulos preeminentes, fue madre y esposa ejemplar, virtuosa dama y preclara joya de nuestra sociedad más distinguida".

— II —

A tan señalada muestra de consideración, agradecida doblemente por los momentos de amargura que entonces pasaba y por sus términos conmovedores, contesté:

"Señor Presidente y demás Señores de la Junta de la Casa de Beneficencia y Maternidad:

"Señores:

"Tengo la honra de acusar a ustedes el recibo de la atenta comunicación que, suscrita por su digno Secretario, doctor Ramón María Alfonso, ha tenido la bondad de dirigirme la ilustre y piadosa Junta de la Casa de Beneficencia y Maternidad.

"Son motivo de legítimo orgullo para mí las frases laudatorias de mis distinguidos amigos los profesores doctor Claudio Mimó y Cándido Hoyos, aprobadas por ustedes. Y estimo mucho más todavía que hayan asociado mi nombre al de mi esposa (que en paz descanse) colaboradora abnegada de mi obra de asistencia médica e higiénica y de educación a la infancia sana y doliente.

"Al aceptar agradecidísimo el homenaje, veo satisfechos con creces todos mis anhelos, pues confirma que mis esfuerzos y constancia han merecido la aprobación de los celosos patronos de la secular Institución. En cerca de medio siglo que he servido a la Casa, he tratado siempre de ajustarme a los preceptos fundamentales de su Reglamento, para obtener el beneplácito de los señores Vocales de la Junta y de los Directores que con tan esmerado celo han desempeñado sus funciones."

"No quiero, aparentando modestia, consignar que creo inmerecida esta sanción que tanto me enorgullece, que ansiaba vivamente y que sólo siento no poder compartirla con mi noble compañera.

"Quedo de ustedes muy reconocido y con la más alta consideración, afectísimo s. s."

La verdadera especialidad infantil es la de la primera infancia, muy difícil, mucho más difícil que el resto, por tratarse de seres que no pueden expresar sus dolores, ni señalar antecedentes personales o familiares, tan importantes. Toda la patología de esta edad, dominaba la he-

rencia y la alimentación, o como ha dicho Mouriquand, los tres peligros de la patología infantil: el peligro hereditario, el peligro alimenticio y el peligro infeccioso." Con padres sanos, siempre la prole es sana y vence toda enfermedad; pero no así y principalmente las producidas por las grandes diátesis o las originadas por tóxico. Para formular bien el diagnóstico, es esencial, así como para el pronóstico y para poder predecir la marcha y duración de cada dolencia, estudiar bien los antecedentes. Tuve la suerte, en la primera época, de ser auxiliado por sor María Murgiondo, y más tarde, por sor Josefa Patiño, cuando era la norma la lactancia nirsica, la mejor, después de la materna. La leche de la madre es tan esencial para el niño, que la inteligencia sagacísima de uno de los primeros puericultores, por el tiempo en que empezó a cultivar esta rama de la higiene y por su saber, ha podido decir en apotegma inmortal: "La leche de la madre pertenece a su hijo". Es una frase clásica aceptada por todos los peristas del mundo.

Lo que da más carácter a la especialidad en la primera infancia, en los dos primeros años de la vida, son los hechos siguientes que deben tenerse siempre en la memoria: la morbilidad y la mortalidad más elevadas; que toda enfermedad, aun la más benigna, puede poner en peligro la vida; la fisiología y la patología especial, y los principios de la alimentación y la técnica y preparación de los alimentos sumamente delicadas; los obstáculos, cada día mayores, unas veces por el carácter materno, lo cual es muy raro entre nosotros, o por deficiencia de los órganos (los antiguos maestros de consumada experiencia llegaron a decir: *Mater est quae lactavit non quae genuit*); y la falta de expresión para exponer sus necesidades y dolencias.

En todas partes se nota el interés, cada vez más intenso, que inspira la niñez en las diferentes fases de su vida: crecimiento, nutrición, enseñanza, educación. Cuidar y amar a la niñez indica un alto grado de progreso y de civilización. El número de personas dedicadas en Cuba, en el Gobierno, en las creches, en los hospitales, en los asilos, en la enseñanza, es crecidísimo. Y en cuanto a mis contemporáneos, que en los principios se dedicaban a la especialidad: Mestre, Jover, Montalvo, Deifin, Dueñas, Madan (de Matanzas), seis o siete, todos desaparecidos, cuando hoy se cuentan más de veinte, que lo consagran los mayores empeños de su práctica y de su existencia.

En muchos casos, las más de las veces, basta una simple mirada para establecer un diagnóstico seguro, que sólo es necesario comprobar después: bastan la facilidad y la costumbre diaria de observar y curar enfermos, para que se despierte en nosotros la subconsciente virtuosidad de que habla la Condesa de Noailles; en otros, es menester mucha paciencia, mucha vigilancia, la observación directa de la madre, de las enfermeras, de las Hijas, de las Hermanas de la Caridad, a quienes, justo es consignarlo, en más de 45 años de trabajos en

común, no he advertido el menor descuido y si mucha eficiencia, desprendimiento y amor, por la niñez desventurada. Suplen en la medida más eficaz a las madres abandonadas, que mejor podrían llevar este nombre que las tiernas criaturas sin otra defensa que las que le proporcionan la caridad cristiana o la filantropía.

La primera cosa que ha de hacerse al examinar un niño es el interrogatorio; y es, desde luego, una excelente práctica, tener presente en esos enfermitos a un niño normal, para poder apreciar hasta qué punto se separan de dicho tipo, teniendo a la vista las leyes del desarrollo: crecimiento, peso, estado de la dentición y desenvolvimiento intelectual. Pasando después al interrogatorio. ¿Cómo interrogar a estas criaturas? ¿Cómo saber los antecedentes familiares y los personales de los que ingresan por el torno, y aun de los que son entregados a mano? ¿Cómo ayudarse para formular el diagnóstico, el pronóstico y el tratamiento sin esos datos esenciales? Después del interrogatorio debe el médico, sin emular con esto a los prácticos del siglo XVII, mirarlos, tomarles el pulso, examinar la boca y la garganta, observar las encías; recurrir al tacto y al oído, sentidos esenciales, y este último revelador de las menores modificaciones de los ritmos respiratorios y del corazón, el *primum vivens et ultimum moriens*. Abarcar, en suma, con una mirada el ambiente, tan necesario para formular reglas higiénicas con precisión. Una vez formulado el diagnóstico siempre os conturbará la vista de un niño enfermo. Su imagen, siempre dolorosa, lo es mucho más en un expósito. ¿Quién no se ha sobrecogido de espanto al visitar una sala de menores de dos años atacados de sarampión, por el olor especial que despiden, por la sensación que da la piel, y sobre todo por el número de complicaciones, de secuelas —en mi concepto la enfermedad de complicaciones y secuelas más variadas dolorosas y graves—? ¿Quién no ha oído, lleno de angustia y de pena el grito aterrador y único, penetrante y agudo, de la meningitis tuberculosa? ¿Quién no se siente consternado al entrar en una sala de diftéricos, atacados de crup, muy raro felizmente entre nosotros; al escuchar la dificultad de la respiración, el silbido y la tos especial, los movimientos forzados de todos los músculos del tórax y de todo el cuerpo, para llevar al pulmón una partícula de aire, del *pabulum vitae* que transforme la sangre envenenada?

En mis principios los exámenes químicos referíanse solamente a la sangre y a la orina; no habían alcanzado el vuelo que hoy, pues enfermo que no ha tenido muchos exámenes, puede decirse que no está bien atendido. De un golpe se ha borrado todo el trabajo de siglos en la semeiología.

Y es porque la semeiología, algunas veces con todos sus detalles, también puede engañar al laboratorio, que no es más que un auxiliar del buen sentido clínico. No todos

los casos, pues, requieren los exámenes del laboratorio, y si en muchos es necesario, imprescindible, en otros no lo es, debiendo seguir siempre al juicio clínico del médico de asistencia. Muchas veces me he preguntado, ¿qué habrían pensado Bretonneau, Trousseau, Peter, que en una excelente y original lección, como todas las suyas, decía: "Me han cambiado mi fiebre tifoidea", si para llegar a conocerla en una capital como París, y donde era endémica, hubieran necesitado de los erámenes de Vidal? Sólo la acepción del vocablo es ya bastante para sospechar el diagnóstico: tifoidea viene de tifos, que significa estupor.

En los días en que me hice cargo de las enfermerías de este Asilo, eran pocos los autores que podían consultarse, y particularmente sobre el lactante; haciendo escasa mención en los libros de Pediatría de sus dolencias y de los cuidados que necesitaban. En los libros de Obstetricia, sólo se enumeraban algunos cuidados; mas, de treinta años a la fecha ha crecido, y no hay nación que no haya rivalizado en precaver a los niños de las enfermedades, procurando hacerlos sanos y robustos. Desde el más antiguo de los escritos, calificado por el ilustre Bokay de "la reliquia de la pediatría", el "De morbis puerorum" de Demetrio de Apameque, hasta los más recientes escritos por el doctor H. Grenet, con el nombre de "Conferencias clínicas de medicina infantil", o el notable de Cassoutte, o el del fecundo Gil Robin, o los dos últimamente aparecidos del concienzudo Babonneix, o el nuevo "Manual de Puericultura" del profesor Lereboullet, o el completísimo, en italiano, de Allaria, o el publicado últimamente en el Brasil, (en Bahía) por Martagão Gesteira, con el título "Como criar o meu filhinho?", muy celebrado por el patriarca de la pediatría latinoamericana, doctor Luís Morquillo, el número es incontable. Los periódicos, revistas, reseñas de sociedades, comunicaciones, libros, enciclopedias, congresos, etcétera, que se dedican a la exposición de esos estudios, es cada día mayor. No se dan punto de reposo los clínicos, los higienistas (puericultores y nipiologistas), en la cabal reseña de sus enseñanzas, lo cual hace de todo punto imposible seguir el movimiento de las naciones en este empeño meritorio y universal.

Nuestra República contribuye, aunque en modesta medida, a la exposición y tiene ya su propio ideario. Ha celebrado congresos, y en los generales, ha consagrado una parte importante a la pediatría. Los congresos más recientes, señalados por nuestro amigo el Profesor Lereboullet, se han celebrado en La Haya, Florencia y Estrasburgo, siendo el más original el de Estokolmo, a iniciativa del Profesor Schetelma, con el nombre de "Asociación Interna-

cional de Pediatría Preventiva", limitando extraordinariamente los temas; por ejemplo, el tratado por los doctores A. Couvelaire, el mismo Le-reboullet y el doctor Lacomme, sobre las causas de la mortalidad en los "diez primeros días de la vida y los medios de hacerla disminuir".

Muchas, las más de las veces, me he preocupado sobre todo, del aspecto higiénico, en su doble fase, puericultora y nipiológica. A ambas he dedicado trabajos en la sesión inaugural de nuestra Academia de Ciencias; los niños higiénicamente tratados enferman poco, pues disponen sobre todo de los grandes agentes vitales: el aire y el sol; calificando este último por Plinio el anciano, de medicamentum maximum.

Auxiliado siempre, eficazmente, en mi labor por los Directores del Establecimiento y por las Hijas de la Caridad, muchas veces, al meditar sobre el desarrollo, la salud, la fuerza intelectual y el porvenir de esas pobres criaturas, calificadas en la época de San Vicente de Paul, en París, como niños encontrados, me ha venido a la mente la oración de la insigne escritora Gérard d'Houville, oriunda de Cuba, hija de uno de los dos Heredia inmortales:

"Señor,

"Ser omnipotente, sea cualquiera el nombre con que se te reverencia, Oh Dios, oh, Destino, principio sagrado de la misteriosa y terrible vida, tú que envías, sin cansarte, a todos los niños sobre la tierra, protégelos por lo menos".

"No los prives de los cuidados maternos; cura sus males; apacigua sus penas; no permitas nunca más que sean abandonados, incomprensidos, adoloridos o desgraciados. Que nadie los oprima sin sentir tu venganza; que todos los "grandes" sean para todos esos pequeños, una inmensa familia; que cada mujer sea para todos ellos un corazón lleno de amor."

"Dales el bienestar, el pan, la salud, la alegría y la inteligencia, la fuerza y la libertad. Ordena que se comprenda y respete su genio. Consuela sus llantos, enjuga sus lágrimas, y sobre todo no hagas que mueran antes que su madre. Así sea."

Con esta intensa oración, debí poner punto final a este trabajo, que no podía haberlo encontrado mejor; pero noto que el epígrafe que encabeza estas líneas dice, además: "La edad viril, intervalo entre esperanzas y recuerdos, será la edad de la soledad". Y yo jamás he sentido la soledad: durante la mayor parte de mi vida, acompañóme la fiel y noble

compañera, auxiliar incomparable en todos los afanes de mi vida, mitigada su ausencia en estos momentos por vuestra amable compañía, por las Juntas Piadosas de esta Casa, por mi familia que me acompaña y por los amigos y compañeros que me han honrado con su asistencia. A todos doy las más expresivas gracias. Sólo aspiro, en correspondencia a tan señalado honor, seguir visitando, hasta el día de mi desaparición, este mi segundo hogar, que si me llena de recuerdos en esta edad de mi vida, no ha borrado todavía las esperanzas de la alborada.

*Paul -
Junio 24/32*

